

LICEO DE NIÑAS



Liceo de niñas

de Nona Fernández

Un montaje de La Pieza Oscura

Dirección

Marcelo Leonart

Elenco

Juan Pablo Fuentes

Francisco Medina

Carmina Riego

Roxana Naranjo

Nona Fernández

Diseño escenográfico y de vestuario

Catalina Devia

Iluminación

Andrés Poirot

Música

José Miguel Miranda

Realización

Rodrigo Iturra

Peinados

Rodrigo Cuevas

Producción

Francisca Babul

Prensa

Rodrigo Alvarado

Temporada Teatro UC

Del 23 de octubre al 12 de diciembre 2015

Liceo de niñas se estrenó el 22 de octubre de 2015 en el Teatro UC.

Contenidos y edición programa de mediación

Departamento de Comunicaciones y Públicos Teatro UC

Amalá Saint-Pierre

M. Ignacia Goycoolea

Fotografías *Liceo de niñas*:

Maglio Pérez

PROGRAMA N° 56 LICEO DE NIÑAS

Este programa es concebido como una iniciativa de mediación en el marco del Programa de Formación de Audiencias del Teatro UC.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa del Teatro UC.



Proyecto financiado
por Fondart,
convocatoria 2015



Colabora





EDITORIAL

Andrés Kalawski
Director artístico Teatro UC

La imagen la conocemos de memoria: la cría recién nacida de gacela, de jirafa, de lo que sea, todavía húmeda y temblorosa. Nos conmovemos con su heroica lucha por ponerse de pie, sin ayuda de su madre ni de nadie. Es necesario, dice el narrador, desde el nacimiento poder erguirse y huir de los depredadores. Y en esa maravilla, en ese esfuerzo está la razón de por qué las jirafas no tienen música, por qué no ha pegado la literatura de las gacelas.

Los humanos nacemos completamente inútiles, nos demoramos muchísimo en aprender a andar, en poder alimentarnos solos y cuidarnos a nosotros mismos. Nuestro desarrollo es dolorosamente lento. Y porque tenemos tanto tiempo para aprender somos una especie llena de creación, ingeniosa, conflictiva.

La adolescencia, así como la conocemos, como ese proceso de llegar a ser uno quien es con exasperante energía y confusión parece ser de aparición reciente. Otras sociedades tienen formas rotundas y rituales de pasar de ser niño, niña, a integrar la masa de los adultos. Pero en nuestra cultura tenemos esos largos años de aprender el amor, la política, las artes, sin ser totalmente chico ni totalmente grande. Es una forma de fermento, una transformación lenta.

Gracias a esa etapa incómoda y desafiante recibimos la bendición del cambio. Los jóvenes crean y escuchan la música nueva, los libros, las ideas. Y a veces llevan las revoluciones, las aperturas de conciencia, las primaveras. Y, por supuesto, a veces llegan a dar la vida, o se las quitan, o se confunden.

Liceo de niñas, de la compañía La Pieza Oscura, se mete en la ficción para mostrarnos los adolescentes que fuimos y los adultos que seremos, para indagar en esa pureza, ese enredo y esa energía que es preciosa y llena de peligro. Aquí está la esperanza, la frustración y la esperanza otra vez, en las manos de las niñas, escondidas pero presentes.

El Teatro UC mantiene entre sus deberes hacer teatro para distintos públicos y nunca rendirse ante el desafío de la diversidad. Esperamos que esta y otras obras se llenen con estudiantes y profesores, adultos y otros que todavía no, porque en la reunión de las personas distintas, en el encuentro difícil de las distintas edades y las diferentes ideas está la luz que transforma en arte estas salas oscuras.

“Cuando los últimos movimientos estudiantiles salieron a las calles, fue como si hubieran estado encerrados en los liceos desde hace 30 años”

Entrevista a Marcelo Leonart, director compañía La Pieza Oscura
Por Rodrigo Alvarado

Durante una marcha estudiantil en 2015, un profesor se esconde en el laboratorio de un liceo de niñas. Desde los subterráneos del edificio emerge un grupo de alumnas que ha estado oculto desde 1985 sin saber que han pasado ya 30 años.

La pieza comienza con una sugerencia: “Esta obra debe ser representada con la ingenuidad y la convicción de quien se atreve a hacer un viaje a las estrellas”. ¿Cómo tensionas temas tan duros como el fracaso del movimiento estudiantil de 1985 y sus muertos, con la ingenuidad que se devela con el paso del tiempo?

Liceo de niñas es una obra que, desde la misma concepción de Nona Fernández, su autora, tensiona esos elementos de ingenuidad y convicción. Las movilizaciones estudiantiles del año 1985 fueron las primeras realizadas por grupos que nunca vivieron conscientemente la democracia, que al momento de tener uso de razón ya vivían dentro de la “horrorosa normalidad” de la dictadura y que, por ser niños en los primeros momentos de terror post 1973, iban enterándose de oídas o por relatos de sus mayores, de la crueldad del tirano. Así, enfrentarse a la dictadura, salir a las calles o, más tarde, recurrir a la vía armada como una manera de construir una verdadera democracia, fue para ellos –nosotros– una epopeya de fin incierto, igual que para los primeros cosmonautas rusos lo fue aventurarse al espacio. Posiblemente se trata de lo mismo: sin cierta ingenuidad, resulta casi imposible tener convicción. El discurso de la realidad aplasta. Y como decía Frank Zappa: “Sin salirse de las normas, el progreso es imposible.” ¿Cómo podría haber llegado el hombre a ver la Tierra desde arriba de esa manera? El teatro –creemos– no se puede hacer de otra manera. Porque es un juego sencillo, pero jugado en serio.



¿Cómo afectó sus vidas esa generación de estudiantes a la que pertenecieron y esas promesas políticas que chocaron de frente con la realidad de una dictadura y luego de una democracia pactada?

La situación dramática que plantea Nona Fernández en el texto y que junto al equipo hemos querido poner en escena, es precisamente una muestra de cómo nos ha afectado todo. Somos parte de una generación que no participó de los acuerdos. Que pensó que iba a vivir una juventud en democracia y que tuvo que hacerse adulta buscando no joder a los que, se supone, estaban construyendo un nuevo Chile. Somos la generación a la que silenciaron con los números del milagro económico, las lucas y la del país duro de coca y luces de colores en los noventa. Todo mientras Pinochet seguía de comandante en jefe y luego asumía como senador en el Congreso. Cuando los movimientos estudiantiles del 2006 y luego del 2011 salieron a las calles, fue como si hubieran estado encerrados en los sótanos de los liceos y colegios desde hace treinta años. La historia y la puesta en escena de *Liceo de niñas* se plantea eso: ¿Cómo veríamos –y enjuiciaríamos– el presente si fuéramos aún las niñas y niños que fuimos? ¿Estaríamos orgullosos? ¿Nos convenceríamos de que todo lo que hemos hecho en todos estos años ha sido para mejor? ¿Qué hemos hecho de nosotros y nuestras vidas con tanto realismo? Nada mejor que una situación tan disparatada como la de nuestra historia para seguir preguntándonos eso.

EL DIRE



La derrota es visible en cada línea del profesor, un personaje sumiso al sistema actual, un hombre que junta títulos para ganar un poquitito más, cuya salud no es prioridad frente al fantasma de la cesantía y que acepta estresado la intromisión del neoliberalismo en su esfera más privada. ¿Ese personaje representa algo más que el fracaso de la educación?

A las niñas ingenuas y convencidas de 1985 había que enfrentarlas con el Chile de 2015. Nona Fernández escogió lúcidamente al profesor estresado como ese símbolo de nuestra contemporaneidad. Los publicistas del modelo se han encargado de hacernos creer que el chileno actual es el emprendedor que a punta de deudas vive mejor. Pero la verdad es que el aumento del ingreso per cápita no es necesariamente un ítem que nos haga sentir felices y realizados. Las exigencias para vivir la vida que se dice que debemos vivir –llena de congestiones, exigencias y trabajo para generar más dinero en ciudades invivibles– en la obra y en la puesta en escena están tratadas como una exageración. ¡Pero no lo son en lo absoluto! Cada dato del personaje del profesor es la realidad sin caricatura de millones de chilenos. En el momento en que nuestra propia vida parece una comedia, es precisamente el momento más trágico de la misma. Gama Casiopea, Beta Andrómeda y Épsilon Sagitarius, nuestras niñas de 1985, viven entre la tragedia de las víctimas de la violencia política [El Joven Envejecido] y las víctimas del progreso [El profesor]. Abrir los ojos para darse cuenta de que están en esa tierra de nadie es su drama.

En la obra hay una suerte de homenaje a los estudiantes caídos. Sin nombrarlos, se cuelan los crímenes contra los hermanos Vergara Toledo, Claudio Paredes en la Villa Portales, Mauricio Maigret en Pudahuel y ya en democracia, contra Marco Antonioletti ¿son ellos parte de esa fauna fantasmagórica de héroes y villanos (*El Taller*) de vuestra infancia y juventud?

Esas personas reales –y que tienen un equivalente en la obra– son, más que una fauna fantasmagórica, estrellas cuyo brillo aún no se extingue. Pegaso 21, Omega 18, Zeta Neptuno y Alfa Centauro, son estrellas que nosotros, desde la supuesta comodidad del año 2015, aún podemos ver. Una constelación de jóvenes que, ante la disyuntiva de vivir en una dictadura y correr el riesgo de perder la vida para luchar contra ella, no tuvieron dudas, aunque no tuvieran a su alrededor –en ninguna de las esferas políticas– adultos responsables que los cuidaran. Equivocados o no, fueron valientes. Y aquellos que no los cuidaron –o que más concretamente, los traicionaron– son unos cerdos y asquerosos traidores. Desde nuestros cuarentaitantos años, podemos ver ahora que eran niños. Como lo fuimos nosotros. Pero esos niños–jóvenes–envejecidos aún están aquí, como una presencia que nos cuestiona. Esta obra de alguna manera les rinde un homenaje. Pero también nos plantea varias preguntas: ¿Hemos estado a la altura de su sacrificio? ¿Valió la pena todo? ¿Fueron los que terminaron por negociar con la dictadura los que tuvieron razón a la hora de leer el futuro de esa época que es el presente que ahora vivimos? ¿O fueron ellos que, como una profecía, nos dijeron que se estaba construyendo algo que no nos haría felices? ¿Cómo y con qué armas nos podemos enfrentar ante lo que como sociedad nos violenta? Esas preguntas son las que nos seguimos haciendo. Las preguntas que resuenan en el agujero negro en el que, como eternos jóvenes–envejecidos, estamos escondidos esperando el momento para salir. ▲

SAGITARIU



Velitas de ovejero

Por Nona Fernández S. Dramaturga

En los años setenta, el inquieto Pier Paolo Pasolini, cineasta italiano, poeta y novelista comprometido, ensayista lúcido, comunista incómodo, marxista y homosexual, publicó para el *Corriere della sera* su conocido escrito sobre las luciérnagas. En él, habla del momento en el que desaparecieron las luciérnagas en Italia. *Cannileddi di picuraru*, velitas de ovejero, como las llamaban los campesinos. Tan difícil era la vida del pastor cuidando sus rebaños en la noche, que la naturaleza le regalaba luciérnagas como vestigios de luz en la temible oscuridad. Temible porque los que solían quedar al cuidado de las ovejas por la noche siempre eran los niños. Pero según Pasolini, en los años sesenta, como resultado de la sociedad de consumo, producto de la contaminación, las luciérnagas, que él jugaba a cazar cuando niño, desaparecieron. La noche italiana nunca más tuvo luciérnagas, a partir de ese momento fueron sólo un recuerdo de la infancia. Su escrito se trata entonces de un lamento fúnebre, un réquiem a esos frágiles bichitos, asesinados, según él, por la luz del fascismo triunfante.

Se me antoja pensar que los personajes de *Liceo de niñas* (esas niñas de otra época que no saben que ya son mujeres, ese Joven Envejecido que no sabe que nunca envejecerá) son las luciérnagas que iluminaban los largos días de esos tiempos en los que me tocó ser adolescente, en plena dictadura. Todos son parte de una generación que buscaba conquistar el futuro organizándose en centros de alumnos, en federaciones, en asambleas, en tomas. Recuerdo a un ejército completo de luciérnagas marchando en la calle el año 1985. Recuerdo las pancartas, los gritos, las consignas. Recuerdo el arrojito de esas lucécitas en la penumbra, entusiasmadas por la energía colectiva, por la posibilidad del cambio, y me pregunto –así como se pregunta Pasolini– dónde fue a dar toda esa descarga de luz. De un momento a otro, una vez llegada la democracia, esos adolescentes que pensaban cambiar el escenario, desaparecieron. Ahora no son más que un recuerdo de la infancia.

Pienso en los hermanos Vergara Toledo, de dieciocho y veinte años, asesinados por carabineros en la Villa Francia. Pienso en Marco Ariel Antonioletti, ex dirigente de la Federación de Estudiantes Secundarios, muerto a los veintidós años de un tiro en la frente, a manos de una brigada de la PDI. Pienso en Mauricio Magriet y su cuerpo de diecisiete años baleado en Pudahuel. Pienso en todos los niños que con lucidez adivinatoria pronosticaron que lo que se venía era la consolidación de un sistema que agudizaría las diferencias y que los dejaría fuera. Pienso también en los más obedientes, los que creyeron que la democracia iba a darles un lugar en el escenario político, y esperando esa oportunidad se les fue la juventud porque la repartija fue para otros. Pienso en los que le concedieron a la democracia la oportunidad de ser. Los que se refugiaron

en lo íntimo. Los que se sintieron fracasados y huérfanos. O los que se insertaron en el modelo, volviéndose apáticos y descreídos. Treinta años después, pienso que vengo de una generación secuestrada. Un ejército de adolescentes proveniente de liceos sin tradición ni vista a la cordillera, sin idiomas extranjeros con los que defenderse, que terminó fuera del paisaje histórico.

Liceo de niñas es una reflexión sobre esa generación perdida a la que pertenecí. Un antecedente escondido de los movimientos estudiantiles que hoy vuelven a sacudirnos y que, con mejor suerte, han logrado llevar a sus dirigentes desde la calle hasta el Congreso. Revisitar parte de nuestra historia reciente es una obsesión en nuestro trabajo porque sentimos que ahí están las claves para comprender nuestro presente y nuestro futuro. Realizar este montaje con el mismo equipo de *El Taller* es una forma de seguir investigando colectivamente, como alguna vez lo hicimos en la calle o en la toma de nuestros liceos. Queremos hablar de estrellas muertas. De lucecitas remotas que envían mensajes desde el pasado. “Velitas de ovejero”, como decía Pasolini. Vestigios delicados de luz que tenemos el deber de cuidar para que los niños que hoy protegen el rebaño no sean otra vez aplastados. Mantener las luces del escenario encendidas para que ellos sepan que no están solos. ▲



Un viaje a las estrellas

por Marcelo Leonart, director

Hace poco más de un año, terminé de leer una de las últimas versiones de *Liceo de niñas* en mi casa de Ñuñoa. Estaba anocheciendo, mi gato sin cola se paseaba por el techo y la luz del cielo otoñal ya empezaba a desvanecerse. No recuerdo exactamente el día. Pero sí recuerdo que estaba despejado. Y la claridad meridiana de ese trocito de memoria se me hace evidente porque —justo en ese momento en que leí la última palabra de la última página de la obra escrita por Nona Fernández— levanté mi vista al cielo y, entre las ramas de los árboles y las grúas depredando mi barrio para construir edificios feos y poco amables, vi una estrella brillando. La imagen podría haber sido bella. Pero no. Porque la estrella no brillaba como lo hacen las estrellas en el norte, limpias y potentes, demasiado prístinas, sino como lo hacen en la ciudad de Santiago de Chile. Así, la estrella en cuestión brillaba cansada, cochina, tapada por un velo de opacidad y mugre que casi la hacían aparecer avergonzada. Pensé: quizás cuántos años luz ha viajado esta estrella para que yo llegara a verla de esa manera. Quizás salió de su lugar de origen como una hermosa niña, brillante y bien vestida. Y ahora que yo la veía, en el patio de mi casa, llegaba ajada y acontecida, como si el viaje efectivamente hubiera durado demasiado tiempo y, en el trayecto, ella no lo hubiera pasado muy bien.



Esa imagen —la estrella cansada llegando a su lugar de destino con las pilchas desteñidas, pero aún creyéndose radiante— tenía cierto humor. Pero de alguna manera también contenía una tristeza que, conexiones mediante, a mí me parecía tan conmovedora como el texto que acababa de leer. Y así se me planteó la siguiente y aterradora pregunta: ¿Cómo poner en escena un texto como *Liceo de niñas*, que se encarga de instalar una situación tan delirante y bizarra, tan desopilante y ridícula, con una historia —la historia de nuestro país, la historia de mi generación— que podía a llegar a ser tan triste y feroz?

La respuesta, que ustedes están prontos a presenciar, tenía que ser hallada sólo con el apoyo e incondicional compromiso de la tripulación que nos acompañó a bordo de este viaje. Los grandísimos Francisco Medina, Juan Pablo Fuentes y Carmina Riego, que ya habían sido parte de nuestra anterior obra, *El taller*, más la gran incorporación de Roxana Naranjo, una actriz de nuestra generación que admiramos y con la que siempre habíamos querido trabajar. Con los diseños de Catalina Devia, la iluminación de Andrés Poirot y la siempre evocadora música de José Miguel Miranda, armamos este juego de niños, que nos hemos esmerado a jugar en serio. Ocupando siempre el humor como un arma arrojadiza (y en este caso cariñosa) para atacar nuestras heridas aún abiertas y para cuestionar —Redolés dixit— “esta realidad tan charcha”.

Lo que están a punto de ver es una gran juguera. Hemos mezclado nuestras vivencias estudiantiles y nuestros referentes culturales. Hemos citado a Scooby-Doo y a varios integrantes de la familia Marx (fundamentalmente Carlitos y Harpo). Nos hemos esmerado (como el mejor grupo de teatro de Liceo) de poner en escena didácticamente nuestras problemáticas adultas y adolescentes. Le hemos puesto chistes para que se rían los alumnos y para que se enojen los profesores porque somos unos niños y niñas traviesos. Y nos hemos puesto sentimentales porque los años no pasan en vano y nos vemos en el espejo y vemos que nos hemos transformado en fantasmas y, patéticamente, “no todo lo que vemos es lo que creemos que vemos”. Hemos vuelto a soñar con tomas y nuestras antiguas causas (tanto las útiles como las inútiles) al ritmo de músicas espaciales que huelen más a pasado que a futuro. Nos hemos tomado de la mano y nos hemos atrevido a reírnos y a compadecernos de nosotros mismos —a veces al mismo tiempo— porque nunca se nos ha olvidado que esta obra trata de nosotros. Y de ustedes.

Así que apróntense. Abróchense los cinturones y olvídense de los relojes, porque en esta obra el tiempo es relativo. Como en un viaje espacial a años luz, nos volveremos unas escolares sin conciencia del paso de los años. Y en jóvenes envejecidos que eternamente vivirán sus vidas y sus muertes tratando de comunicarse con el control en Tierra porque tienen un mensaje importante que entregar.

Porque esta obra debe ser representada —y vista— con la ingenuidad y la convicción de quien se atreve a hacer un viaje a las estrellas. ▲



Nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia

Por Manuel Guerrero Antequera, Sociólogo

Walter Benjamin, el filósofo y pensador social alemán del entorno de la llamada Escuela de Frankfurt, anotó en sus *Tesis Sobre Filosofía de la Historia* –escritas antes de morir en 1940 cuando intentaba atravesar los Pirineos huyendo de la policía española y nazi que le asediaba por su doble condición de judío y marxista– que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia. El presente, que es un presente de los vencedores, intenta a nombre del progreso borrar el pasado que ha sido otro presente posible alguna vez, pero negado en el actual. En el triunfo de quienes hoy dominan, ni siquiera los muertos están seguros ante su enemigo vencedor. Es el tiempo homogéneo y vacío que se instala como única posibilidad de ser, borrando de la memoria todo vestigio de la violencia que le llevó a vencer para instalar su dominación.

A pesar de ello, el pasado de los vencidos carga con una débil fuerza mesiánica, que escamotea cada vez que reaparece la tranquilidad pretendida del presente. Investigar, rescatar, prestarle oído, acoger aquel tiempo de los vencidos, implica asomarse a lo que en el hoy aún hay de vivo de aquella otra posibilidad que no pudo llegar a ser, pero que bien podría advenir. Tal ejercicio, decía Benjamin, es un salto de tigre al pasado, desde un tiempo vacío de memoria –conveniente al presente de los vencedores– a otro tiempo oprimido y que al activarlo puede hacer saltar el *continuum* de la historia, convirtiéndose en “tiempo-ahora”.

La obra *Liceo de niñas*, de Nona Fernández, es en mi opinión un ejercicio de investigación histórica y de memoria activa que en su inquietante desarrollo hace visibles, por el contraste de tiempos y subjetividades que atraviesan a sus personajes incómodos, las condiciones de posibilidad ominosas del Chile actual, que en su halo de progreso (con alta desigualdad), desarrollo (del consumo en base al endeudamiento), estabilidad democrática (de alto control y baja intensidad ciudadana) y apertura a la globalización



(desde una economía extractivista transnacionalizada), niega, para poder justificarse, la existencia de otros proyectos políticos que, cual estrellas muertas a distancia, aún destellan luz mostrando las miserias del presente en contraste con las generosidades del pasado de la lucha antidictatorial.

Una lucha que fue llevada adelante también por niños y jóvenes que se entregaron en cuerpo y alma a la posibilidad de transformación social radical, quemándose en el intento. Niños y niñas que ejercieron ciudadanía en sus espacios escolares tomándose la vida por asalto, generando redes de intersubjetividad ricas en experiencias y cargadas de politicidad. Infancias combativas que no tienen espacio en la historia oficial del presente transicional perpetuo de una democracia que no termina de llegar. Y si lo tienen, es siempre desde el lugar de menores-víctimas y no de niños y niñas que se asumieron y vivieron como actores constructores de su presente, como parte de un colectivo mayor, que era el pueblo de Chile luchando no solo por la caída de la tiranía, sino por alcanzar una sociedad más justa, democrática y amable.

Liceo de niñas nos introduce a ese agujero negro que es nuestro propio tiempo presente, para recordar a los secundarios caídos por traición de un mundo adulto que se aceptó y se acomodó rápido al pacto, al acuerdo marco, a la constitución tramposa, a la economía continuadora de un modelo sociopolítico y cultural que expulsó a la ética de lo público y del bien común, al ciudadano que ejerce sus derechos.

Pero no es un ritual melancólico, sino de des-cubrimiento, de quitar el velo, de vernos al espejo, para observar en nuestro rostro el reflejo de las marcas del tiempo, las arrugas acumuladas en la aparente paz perpetua. Aparente, porque desde atrás nos mira el niño envejecido, con su sonrisa libre y una bala en la frente, cual estrella. Pero también desde adelante, porque hay nuevas generaciones de liceanas que nos guían el ojo desde el hoy en toma, ocupación y marchas, despeinando a esta democracia descafeinada y edulcorada, corriendo los límites de lo soñable, conversable, realizable, llenándonos nuevamente de colores y de alegre rebeldía, para redimir a Walter Benjamin y a Marco Ariel Antonioletti, a los oprimidos y vencidos de ayer. A nuestros compañeros y compañeras de la Enseñanza Media de los '80. Fuegos que encienden otros fuegos, estrellas que mueren a la vida, pues nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la historia. ▲

Teatro UC

Decano Facultad de Artes
Luis Prato

Director Escuela de Teatro
Alexei Vergara

Directora Ejecutiva Teatro UC: Pamela López | **Director Artístico Teatro UC:** Andrés Kalawski

Productora Ejecutiva: Verónica Tapia **Productor Artístico:** David Meneses
Encargada de Comunicaciones y Públicos: Amalá Saint-Pierre **Adjunto de Comunicaciones y Públicos:** María Ignacia Goycoolea **Prensa:** Constanza Fores y Rafaela Merino-Bianchi
Diseño Gráfico: TILT Diseño **Administradora de Sala y Gestión de Públicos:** Marcela Rivera
Jefe Técnico: Marco Díaz **Operador Técnico:** Pablo Jorquera **Realizadores Escenográficos:** Eduardo Gallagher, Ariel Medrano, Claudio Viedma, Alejandro Núñez **Sonido:** Marco Díaz
Iluminación: Juan Carlos Araya, Pablo Sáez **Realización Vestuario:** Sergio Aravena
Boletería: Viviana González y Lucía Castillo **Estafeta:** José Caro **Encargado de Promoción y Ventas:** Mario Contreras, Raúl Pacheco **Asistente de Administración:** Patricio Torres y Francisco Jorquera **Jefe de Administración y Finanzas:** Luis Coloma
Aseo: Teodolinda Soto **Secretaria:** Verónica Vergara

Edición y contenidos Programa: Amalá Saint-Pierre **Asistente:** María Ignacia Goycoolea
Fotografías: Maglio Pérez

Venta de funciones a instituciones educativas y empresas

Mario Contreras: mcontree@uc.cl, 22 354 5106

teatrouc.cl

Jorge Washington 26 • Plaza Ñuñoa • Informaciones 22 205 5652



AUSPICIADOR TEATRO UC



MEDIA PARTNER



COLABORA



PATROCINA

